

Revista
Dominical
EL HERALDO

Música para los **ojos**

Un artista pionero de las
carátulas de música salsa.

Lou Andreas Salomé: **femenina & erótica**

*La mujer, según la mujer
que Nietzsche amó.*

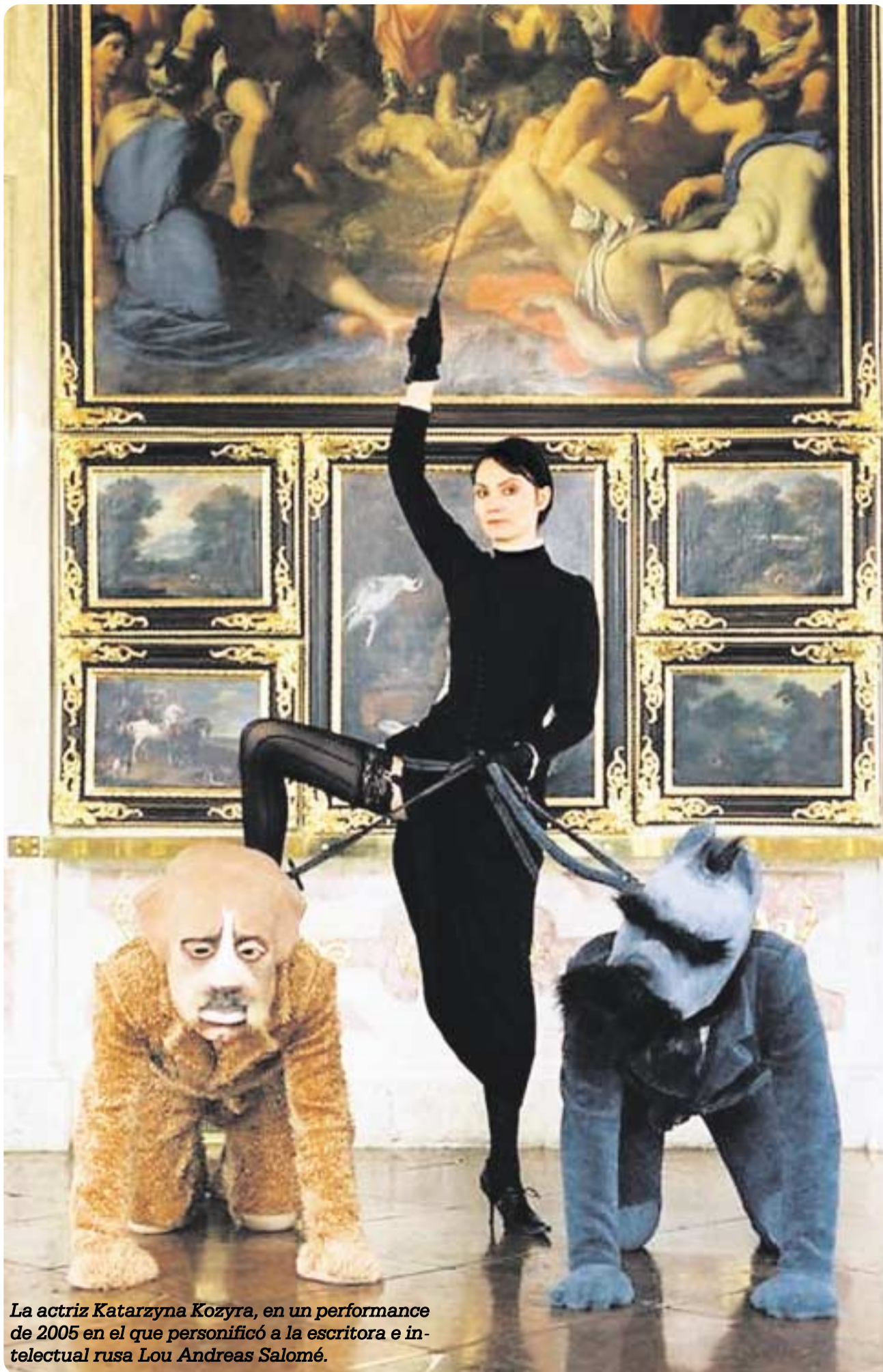
Un mundo feliz

Paradojas no tan alegres de la
comunicación en el nuevo milenio.

¿Por qué no le dan el Nobel a Vargas Llosa?

La feminidad y el erotismo, según Lou Salomé

Por DAYANA DE LA ROSA



La actriz Katarzyna Kozyra, en un performance de 2005 en el que personificó a la escritora e intelectual rusa Lou Andreas Salomé.

“Ni puedo ajustarme a un modelo, ni ser modelo para nadie; pero puedo eso sí, formar mi propia vida a mi manera y esto es lo que voy a hacer, cualquiera que sea el resultado. No represento ningún principio, sino algo más maravilloso, algo que uno lleva dentro, algo vivo, cálido, que grita de alegría y que pugna por salir”, afirmaba Lou Salomé hacia finales del siglo XIX. Sus palabras, epítome de una actitud poco militante en los incipientes movimientos feministas de la época, al igual que su papel como pensadora, literata o psicoanalista permanecen aún desconocidos, no así su relación con hombres como Friedrich Nietzsche, Rainer María Rilke y Sigmund Freud.

Lou Salomé desarrolla a temprana edad y a pesar del medio que la rodeaba, un pensamiento auténticamente femenino, superando toda restricción. Ella, rusa de familia aristócrata y durante pleno siglo XIX, decide vivir a su manera, fuera de todo estatus social, de todo parámetro religioso, de todo icono femenino de la época. En 1880 Lou se radica en Zurich e ingresa a su universidad. Su condición de libertaria, de mujer poseída en sí misma y solo por sí, le permite expresar en un sinnúmero de artículos toda su percepción acerca de lo femenino, lo erótico, lo sexual, lo materno.

Para Lou, la esencia de lo femenino se define desde su interior, desde eso que físicamente distingue e identifica a las féminas. Dentro de la mujer habita un cosmos propio que fluye en ella misma, desbordándose hacia sí misma; esto es: lo que el óvulo femenino representa va más allá de su labor como parte del proceso de procreación, éste va de la mano en la definición del ser femenino. Al respecto dice Lou: “El óvulo femenino se inscribe en un círculo cerrado y nunca lo sobrepasa. ¿Por qué habría de hacerlo? Es como si se encontrara, en ese círculo cerrado, en esa emanación de su ser, dentro de su propia morada natural y en ella se protegiera”. Por tal razón, sigue diciendo Lou, “... lo femenino ya contiene dentro de sí, delineadas de manera elemental y primitiva, la armonía más íntegra, la plenitud esférica más estable, y la máxima perfección y conciencia de sí. En ello participan, en armonía con los impulsos más profundos de su naturaleza, una *Autosuficiencia* y *Autonomía* que serían imposibles de comparar con aquellos bríos” (se refiere con esta palabra al carácter masculino).

Es interesante ver como Lou enmarca dos conceptos que permanecen vivos en el discurso contemporáneo por la equidad y el género: *Autosuficiencia* y *Autonomía*, ambos definidos desde la esencia de la mujer, desde lo bellamente universal que permanece intacto dentro de nuestro ser pero que puede proyectarse por voluntad, sin faltar a lo delineado ya por nuestra naturaleza: un dejar fluir dentro de los confines de sus propios límites.

Para esto, Lou reconoce que lo femenino y lo masculino son modos distintos de ver y vivir la vida, y es precisamente esto lo que permite entender el proceso evolutivo de la vida, que a su modo de ver hubiera permanecido en el estadio más inferior de su evolución de no ser por la división de los sexos.

Es además allí, en las diferencias —reconoce la pensadora— donde se halla el sentido del comprenderse como mujer u hombre, como seres distintos pero eternamente complementarios, aún más, donde lo femenino termina absorbiendo lo masculino. Esto último, aclara la creencia de que lo femenino, dentro del acto sexual, se limita al papel de recibir y lo masculino el que proporciona. La confusión se genera debido a que el cuerpo femenino es punto de encuentro, pero no solo para el acto sexual, sino para la procreación. Es precisamente allí donde se recrea el equívoco: después de la fecundación, el aporte masculino ha llegado a su fin, pues el desarrollo del embrión —como bien sabemos— continúa en el organismo materno, y aún después de nacido, necesita ser alimentado por la madre.

Esta explicación se hace necesaria para desvanecer ese imaginario colectivo de la pasividad femenina ante la sexualidad y la procreación. Para Lou el desconocimiento de esta condición exclusiva de lo femenino genera el error de concebir a la mujer como dependiente y como apéndice del hombre en el proceso procreador; en donde la condición materna es concebida de igual forma como el cumplimiento de un proceso de gravidez que concluye en el parto. Lou afirma: “primero que todo y sobre todo, (lo femenino es) algo totalmente autónomo, un ser que puede dar tanto como el hombre, y un ser para el cual todas las demás relaciones no son más que la consecuencia de su propia autonomía. La unión de los sexos, con todo lo que eso implica, es el encuentro de dos mundos, de por sí, autónomos. Por eso la mujer paga su tributo a la vida, solamente, con aquello que es, no con aquello que hace”. Podría interpretarse que en el pensamiento de Lou Salomé la mujer puede y debe siempre elegir la maternidad como una opción de vida y no como una obligación designada por la naturaleza —mucho menos por la sociedad— pues el único principio al que la mujer no debe faltar es a su propia autonomía, a su única condición de libertaria, donde los límites de lo establecido están dados desde nuestra intimidad, desde nuestro fuero interno y no desde el exterior.

Con respecto a lo erótico femenino, Lou Salomé nos ubica “en comparación con el hombre, y con mucha ventaja, como el ser humano más físico, aquel que vive un contacto mucho más directo e íntimo con la propia naturaleza, y en ella se evidencia, con mayor claridad, ese principio... de que toda la vida espiritual, en últimas, no es sino una inflorescencia —es decir, una

Una curiosa fotografía de 1882 en la que aparecen Lou Andreas Salomé, el psicólogo Paul Rée y Friedrich Nietzsche.



“Lou destruye ese gran fantasma que aún permanece en algunos estadios de la sociedad, que afirma que la mujer en su esencia aparta lo sexual, lo físico, de lo espiritual; en realidad, es un todo donde la parte no tiene cabida, es un universo pleno de satisfacción y complementariedad, donde la satisfacción sexual hace parte de la satisfacción de todo el resto de su ser, y viceversa”

forma— y una metamorfosis nacidas de las grandes raíces sexuales de toda la existencia, una sexualidad, por así decir, sublimada”, es decir, donde —y como ya había afirmado antes— lo sexual, lo erótico en la mujer, hace parte de ese todo sublime, de ese universo que está delineado por su propia esencia, “la vida sexual en la mujer es, precisamente por eso, algo más que una manifestación aislada y, por el contrario, se manifiesta en todo su ser físico, la compenetra y la estimula completamente; la vida sexual en la mujer es la suma de todas las manifestaciones de su feminidad y, a diferencia del hombre, no tiene la necesidad de localizarla, de manera parcial y específica, en un lugar de su conciencia”. Con esta afirmación Lou destruye ese gran

fantasma que aún permanece en algunos estadios de la sociedad, que afirma que la mujer en su esencia aparta lo sexual, lo físico, de lo espiritual; en realidad, es un todo donde la parte no tiene cabida, es un universo pleno de satisfacción y complementariedad, donde la satisfacción sexual hace parte de la satisfacción de todo el resto de su ser, y viceversa. Esto puede asociarse de manera simbólica con la idea de que el órgano sexual femenino va por dentro, mientras que en el caso masculino es externo. Para Lou Salomé, “la naturaleza de la mujer y la exigencia, todavía viva en ella, de mantener una íntima e intensa relación entre todos sus impulsos asegura, al erotismo femenino, su más profunda belleza”.

La necesidad sexual, al igual que cualquier otra necesidad física como comer, dormir, etc, se manifiesta en la mujer del mismo modo que en el hombre, de hecho Salomé afirma, “la mujer es el ser que más frecuentemente se siente estimulado por el deseo sexual, y no es casual que a veces se sienta estimulada, solamente, por el recuerdo de su primera experiencia amorosa”. La idea de que nuestra sexualidad está ligada a funciones específicas —femenina, materna—, también tiene su asidero en la religión: los conceptos de pureza y virginidad, se han ligado a la imagen de la virgen María, que en últimas terminan castrando toda manifestación humana, plenamente femeninas, sobre todo, por la carga social o los rezagos que aún quedan de ella, pues la valoración femenina por el otro era —o es— medida —en algunas regiones o culturas— desde esos conceptos. Sin embargo, Lou los transvaloriza, es decir, lo que era castrante desde la cultura, la religión, la sociedad, ahora será entendido desde la definición Salomesiana de lo femenino, donde su capacidad creadora, su energía vital le permite gozar de una ‘virginidad eterna’ —como lo llama Lou—, de una pureza que se renueva desde sí misma, desde sus propios límites, una mujer es virgen cada vez que se enfrenta a un nuevo encuentro sexual o espiritual, se deja fluir, admirar, se devela, se revela, permaneciendo libertaria. En el encuentro sexual, su virginidad traspasa las barreras de la existencia del himen, pues, la verdadera virginidad se halla en la novedad del encuentro, en la esencia que lo acompañe, en los ojos que irradian, en la piel que se eriza, en la sonrisa de asombro, de ingenuidad. Cada vez, cada encuentro, es único e irrepetible, el universo femenino se sacia en creatividad.

Todo el pensamiento de Lou Salomé con respecto a lo femenino se traduce en que su naturaleza está íntimamente ligada con cada estadio del ser femenino, su psique, su intelecto, su razón, su sexualidad, su maternidad, su erotismo, su sexo, su ser físico están sujetos a sí mismos, nada en la mujer se desarrolla sin el ejercicio de su *Autonomía* y su *Autosuficiencia*, cada relación con el otro o con sí misma no es más que la manifestación continua y consecuente de estas, donde los confines del mundo se transforman en los confines de su propia existencia. **D**

